

17 de septiembre de 1968.

MUERE JAIME EYZAGUIRRE

Más que esta muerte en un accidente carretero, le habría convenido quedarse dormido para siempre entre sus libros, afilando el último argumento de una polémica incisaiva. Pero también así murió casi en el trabajo. Horas antes había dado su última clase en la Escuela de Leyes de la Universidad de Chile. Era víspera del feriado dieciochero y lo quisieron convencer para "faltar" y viajar al sur más temprano. No estaba en él, sin embargo, perder una hora de trabajo, sobre todo una hora de clase.

El mismo Jaime Eyzaguirre había llegado las raíces de su vocación histórica a los primeros años de su infancia. Recordaba cómo la lectura onesta del trozo de una carta de Pedro de Valdivia, copiado en la piedra del cerro Santa Lucía, despertó en él una irresistible curiosidad y amor por el pasado. Más tarde ya profesor del Liceo Alemán, el padre Eduardo Luderan, estimuló en él este gusto por la historia. Otro maestro de su adolescencia, Eduardo Solar Correa, le hizo abundantar en el valor de la tradición hispana.

Días después de su muerte, los artículos póstumos no daban abasto para recitar su obra. ¿Cuál aspecto destacar? Porque, si es por enumerar libros y trabajos, en Eyzaguirre se podía llegar fácilmente a los ciento cincuenta. ¿Los más significativos? Quizás desde un punto de vista interpretativo, *Hispanoamérica del Dolor y Financiera Histórica de Chile*. Como biografías, *Ventura de Pedro de Valdivia*, tributo a su primer entusiasmo infantil, y *O'Higgins*.

Epístola al revés

Sin embargo, también sería corto quedarse en las obras que llevaron su firma. ¿Cuántos iniciativas históricas y culturales se debieron también a su voluntad incansable de trabajar y hacer trabajar? Gran parte de la labor de la Academia Chilena de la Historia, catedras en la Universidad de Chile y Católica, dirección de la revista *Estudios*, extensión cultural universitaria. La muerte lo alcanzó con la cabeza llena de proyectos. Las visitas, amigos, colegas, estudiantes, que llegaron días después a ver a su familia, se emocionaron al oír recordar a su viuda: "Jaime tenía tanto interés en que escribieras este artículo", "quería que plantearas esta reunión", "no

podemos dejar dormir este proyecto".

Porque, antes que un escritor, un erudito, un investigador, Jaime Eyzaguirre fue un maestro. Quería sacar a los estudiantes lo mejor de ellos mismos y entregarles también lo que más apreciaba en su interior. En ese punto, algo tuvo en él más fuerza que la vocación histórica: su fe católica. Eyzaguirre no temía hablar del Evangelio con quien no creyese en Cristo. Al contrario. Lo fomentaba, lo buscaba. Se ganó siempre de tantos amigos de ideas muy distintas. Pero no para llevar la conversación

su por los que le rodeaban. Particularmente sintió a fondo los problemas de la Iglesia. La muerte lo sorprendió en medio de una polémica sobre la Encíclica *Humanae Vitae*, donde Eyzaguirre defendió —con pasión— la autoridad papal.

El maestro

Escribía con elegancia, a veces levemente barroca, pero ni los mejores artículos salidos de su pluma pudieron igualarse a su palabra. En las clases, Eyzaguirre convertía al auditorio y hacía coronar con aplausos su exposición del tema más insipido. Calvo, de perfil aguileño y mirada penetrante, era toda una figura sobre la tarima. Vestía con elegancia, siempre de oscuro y tenía un gesto característico: arreglarse el cuello de la camisa y la corbata para después sonreír en forma nerviosa.

Nada más ajeno a él, sin embargo, que imaginarlo como un mago de la palabra, un charlatán. Sus conferencias interesaban por estar cuidadosamente preparadas, reunir acopio de investigación y apuntes a un fin preciso. También brillaba en ellas lo imprevisto. Este era el ruego de humor, la ironía que Eyzaguirre hacía descubrir en medio de la pesada investigación histórica. Esta chispa que divertía en las clases retumbaba aún más en la conversación diaria e informal. Tenía —y por eso se acusaba tan diferente a las epístolas de San Pablo— una facilidad innata para destilar observaciones cónicas, certeras, para "partir" a personas o ideas.

Sus contemporáneos lo jugaron un demolidor de la "leyenda negra", un defensor del valor de la tradición hispana en América. Claramente fue así, pero a él le parecía que era parcelar su obra mirarla de ese modo.

Antes que eso, se jergaba un erudito de la nacionalidad chilena: al buscar las raíces de ese sentimiento de patria se había encontrado con la tradición hispana.

Intransigente con todo lo que le parecía erróneo, tuvo disgustos en la Universidad. Sin embargo, se entendía bien con los alumnos y tenía muchos amigos entre la juventud. Quizás fue porque nada parecía serle indiferente. Siempre reaccionaba apasionado, enardecido, combativo. "El tiempo —decía— es una tribuna para hacer la voz, un trampolín para saltar a la eternidad". ■



HISTORIADOR EYZAGUIRRE
Aplausos en cada clase

por cauces anodinos y tranquilos, sino para discutir e incluso para pelear. Tenía un carácter fuerte y —según explicaba él con su peculiar sentido del humor— eso era lo que más lo atraía del cristianismo. "Que te son distintos a mí —decía—, ¡se acuerdan ustedes de esa epístola de San Pablo: 'la caridad es paciente, no se irrita, no pisa mal...'? Bueno, pues... ¡yo soy todo al revés. Por eso me gusta tanto."

En realidad, tenía una fe enorme y una preocupación angustiosa

La Máquina del tiempo. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La Máquina del tiempo. [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile